

ESPAÑA EVANGÉLICA



A ZARAGOZA

SONETO

Baluartes de la hispana independencia,
hogar del generoso sentimiento,
has sabido elevar al firmamento
tu nombre con perenne refulgencia.

Teniendo siempre de tu honor conciencia,
cumpliste tu deber a todo evento,
y muestras el heroico ardimiento
unido a la cordial beneficencia.

Hijos tuyos con plumas y pinceles
aumentaron tu grande nombradía,
arrojando a tus pies nuevos laureles.

¡Ojalá que tus hijos a porfía,
a tu honor y a tu nombre siempre fieles,
fomenten tu grandeza cada día!

C. ARAUJO.

NÚMERO DEDICADO A LA CONVENCION DE ZARAGOZA

EL FUEGO SAGRADO

EL fuego sagrado que se ha de mantener perpetuamente encendido en la Iglesia cristiana, es el entusiasmo que en religión suele llamarse fervor o celo. Es frecuente dar la descripción del entusiasmo valiéndose de la imagen del fuego. Nos parece muy exacta, porque el entusiasmo es la condensación, la concentración del sentimiento en una dirección determinada. Es ser absorbido por un ideal, padecer la obsesión del mismo, sentir por él una pasión avasalladora. Es, entonces, una llama que, inflamando los corazones, les presta luz, calor, energía y vida, como lo hace el fuego en el orden físico.

El entusiasmo que de Dios nace, que a Dios aspira y que a Dios se consagra: he ahí el verdadero fuego sagrado. Sagrado decimos, porque hay otro que no lo es, como, por ejemplo, el fervor del fanatismo, que es de Satanás. No abogamos por la extinción de las pasiones, sino porque sean bien encauzadas. El que corre hacia un precipicio no necesita que le corten los pies. Lo que es menester es que los cambie de dirección. La dinamita, que es potencia destructora aplicada a las guerras, es potencia bienhechora aplicada a la ingeniería. Así sucede con las pasiones humanas. Aspiremos, pues, a estimular sin cesar las buenas pasiones; a que ardan, con llama perenne en nosotros, la fe, la esperanza y el amor; a que el corazón sea enteramente consagrado a Dios.

Los encargados de alimentar este fuego sagrado no son un limitado número de personas, como sucedía entre los antiguos paganos; han de mantener la llama sagrada todos cuantos aspiren a ostentar dignamente el glorioso nombre de cristianos. La Iglesia entera ha de reproducir el milagro de la zarza de Moisés. Sabiendo de experiencia los cristianos lo que es dejar el primer amor que al principio sentimos hacia el Maestro divino; sabiendo lo que es enfriarse en la fe, fácilmente convendremos en que este fuego debe atizarse y alimentarse. Si un fin principal de la predicación del Evangelio es comunicar las salvadoras verdades divinas, no es menos principal el otro objeto de la predicación; a saber: avivar, enardecer, inflamar en los corazones el sentimiento de aquellas verdades. Cuando al terminar un sermón algunos exclaman que no se ha dicho nada nuevo, que ellos ya lo tenían sabido, les respondemos que no es sólo ne-

cesario aprender verdades nuevas, sino sentir más hondamente las que ya conocemos. Por consiguiente, pesa sobre todos el deber de atizar y sostener en sí mismos y en los demás el fuego sagrado de la piedad.

El entusiasmo se propaga en la forma y con la celeridad del fuego. Es cierto que al corazón se llega por la cabeza, lo que vale tanto como decir que la instrucción influye en los sentimientos. Pero más comunmente las pasiones se transmiten por el contagio. ¿Cómo despertar a otros, si nosotros dormimos? ¿Cómo prestarles calor, si estamos fríos? ¿Cómo avivarles, si estamos apagados? Parodiando a Santiago, cuando habla de la lengua, diremos: un poco de verdadero entusiasmo, ¡cuán grande bosque enciende!

El entusiasmo es luz. Como el orador en el calor de la improvisación acierta con las ideas y palabras más adecuadas; como los grandes genios han producido obras admirables, iluminados por la exaltación sentimental, así puede decirse que el hombre de ferviente piedad suele tener visión clara de las cosas de Dios. Jesús se gozaba porque los sabios, hombres fríos e impasibles, no comprendían las cosas del reino de Dios, mientras que penetraban en ellas corazones sencillos, pero ardientes.

El entusiasmo es calor; es decir: decisión y valor, que son las manifestaciones de una piedad viva. Ningún entusiasta es indiferente. Considero aquí oportuna la descripción de un personaje de novela, hecha por Julio Verne: «Era un personaje, ni gordo ni flaco, ni chico ni alto, ni viejo ni joven, ni subido de color ni pálido, ni alegre ni triste, ni contento ni aburrido, ni enérgico ni blando, ni engreído ni humilde, ni bueno ni malo, ni generoso ni avaro, ni valiente ni cobarde, ni mucho ni poco: *ne quid nimis*. . .» He ahí la descripción de mano maestra del indiferente. Los hombres fríos nunca se pronuncian; son el claro-oscuro, las mediantistas; a ellos dice el Señor que los vomitará de su boca.

El entusiasmo tiene el valor de sus

SUMARIO

A Zaragoza (C. Araujo). — El fuego sagrado (Salvador Ramírez). — Zaragoza (Perfecto Valdés). — Una inauguración (Fermín Borobia). — La Convención de Zaragoza. — De actualidad (A. Arenales). — La enseñanza clerical (Victor Hugo). — La justicia mejor (Martin Lutero). — Información Evangélica. — Escuela Dominical.

convicciones. Sin vanos alardes, sin que ocurra aquello de «mucho ruido y pocas nueces», de una manera natural, pero activa, enarbola su bandera y trabaja por su ideal. Cierta escritor clasificaba el valor en cuatro grados: Primer grado, valor para decir la verdad a un enemigo. Es lo más fácil. Segundo grado, valor para decir la verdad a un amigo. Es más difícil, porque le amamos. Tercer grado, valor en el trance de la muerte, terror de los terrores. Cuarto grado, valor para confesar a Cristo. Esta es la cúspide del valor. La experiencia confirma la anterior clasificación. Se necesita un corazón encendido por Dios y para Dios para confesar valerosamente a Cristo.

El entusiasmo es energía. Si en todos los órdenes de la vida un hombre es fuerte cuando reconcentra su pasión en un objeto dado. Si es verdad que sin entusiasmo nunca se ha hecho en el mundo cosa que valga la pena, en el terreno de la fe, con más razón alcanza el hombre de entusiasmos la mayor fortaleza de espíritu, porque su pasión arranca en Dios. No queremos confundir la obstinación con el entusiasmo. Hemos oído decir a personas jóvenes: «a mí, cuando se me mete algo en la cabeza, aquello tiene que ser». Al hablar así, se creen caracteres fuertes. Oyéndolos yo he pensado: ¡qué lástima que nunca se les meta en la cabeza cosa buena, como el recibir un consejo, el tener paciencia! Como para lo malo no hacen falta esfuerzos ni oraciones, las heroicidades de la obstinación se compran muy baratas. Para las heroicidades verdaderas, las del bien, carecemos de fuerzas, porque el mal es más fuerte que nosotros. Dios, que es más fuerte que el mal, aviva con su Espíritu los corazones, y entonces el hombre hace proezas. Una gran nube de testigos, héroes de la fe, atestiguan lo que han podido aquellos cuyo corazón ardía con la pasión de Dios.

El entusiasmo es vida. Sin el calor no hay vida natural, y donde no hay fervor se ha extinguido la vida espiritual. Nos parece que el Esfuerzo Cristiano apunta a la vida en sus aspiraciones. Su nombre así lo proclama: Esfuerzo, esto es, actividad, energía, vida; Cristiano, esto es, el origen y finalidad de éstas; aquella vida es infundida por Cristo y tiene por fin a Cristo; la llama sagrada de la vida encendida por el Espíritu, obrando por Cristo y la Iglesia.

SALVADOR RAMÍREZ.

ZARAGOZA

AL hacerse César Augusto dueño de todo el imperio romano, vino a España y establecióse en la población llamada Solduba, a la que por su situación geográfica y el carácter noble de sus habitantes declaró «Colonia militar» y honró, dándole su propio nombre «Cesaraugusta», para perpetuar su memoria, y por el que fué conocida desde el año 727, hasta que los árabes la llamaron Saracusta, siendo, más tarde, la inmortal Zaragoza, que por su historia fué la admiración en todos tiempos.

Su situación a orillas del caudaloso Ebro, al que afluyen los ríos Gállego y Huerva en la misma capital, que con el canal de Aragón fertilizan sus tierras; su posición geográfica y vías de comunicación con las poblaciones del Norte de España, y con Valencia y Madrid, todo contribuye a su progreso, y de no haber sido por las contiendas civiles y últimamente por las luchas del socialismo, competiría en su desarrollo industrial y comercial con las principales provincias del Estado.

Su clima es saludable, aunque en un mismo día varía notablemente la temperatura, siendo proverbial que son del año «nueve meses de invierno y tres de invierno».

Su población aumenta hasta el extremo de no haber en la ciudad viviendas suficientes, lo que ha hecho encarecer los alquileres. La urbanización y la higiene doméstica dejan mucho que desear como en casi todas las demás ciudades de la Península. Del carácter de sus habitantes nada puede observarse que la distinga hoy del de sus compatriotas de otras regiones, debido a la facilidad de comunicaciones por trenes y automóviles, a la propagación de noticias e ideales por la prensa periodística y al constante movimiento del personal obrero, que acude por millares a las minas de carbón, fábricas azucareras y de otras industrias, y a obras de canales de riego y ferrocarriles.

No obstante la existencia en las tres

provincias de un Arzobispado y de los Obispos de Huesca, Teruel, Tarazona, Jaca y Barbastro, domina en Aragón el indiferentismo religioso, según lo comprueba el que a procesiones y demás actos religiosos acuden solamente los afectos al partido político clerical, constituido por el clero, aristocracia, industriales adinerados y escaso número de socios del centro católico de obreros. Y respecto a la aparición carnal en el año 27

el príncipe D. Fernando, y casado éste con D.^a Isabel, reina de Castilla, unieronse los dos reinos, si bien respetándose los fueros y privilegios de Aragón, hasta que muertos los Reyes Católicos, D. Fernando y D.^a Isabel, trataron los aragoneses de emanciparse de la corona de Castilla, por la política perniciosa de Felipe II, quien no reconociendo el llamado «Fuero de la Manifestación» mandó decapitar al «Justicia Mayor de Aragón», D. Juan de Lanuza, que lo fué en el sitio donde hoy está el mercado de la capital, y desde entonces desaparecieron las libertades aragonesas, entre las que figuraban la de ser el rey elegido por el pueblo y la ley «sálica», que impedía reinar a las hembras, respetada por todos.

Al morir el rey D. Martín sin sucesión, por su obesidad y mala salud, trató de que le sucediese en el trono el conde de Urgel, e impo-

niéndose el pueblo reuniéronse en Caspe siete jueces, entre los que figuraba el Prior de los Dominicos Fray Vicente Ferrer, canonizado después, y a indicación suya se proclamó rey en aquel acto, conocido por «El compromiso de Caspe», al infante de Castilla D. Fernando de Antequera. No menos exigentes fueron los aragoneses en hacer cumplir el requisito de que sus reyes habían de ser coronados en Zaragoza precisamente, y lo demostraron no reconociendo en 1163 a Pedro I, el Católico, que lo fué en Roma por el Papa, al que declararon la guerra obligando al rey a presentarse en Zaragoza, siendo entonces coronado por el pueblo, que le hizo declarar: «No tomo la corona de Aragón, ni por el Papa, ni contra el Papa», siendo excomulgados él y sus sucesores por declararse independientes de la Santa Sede. Asimismo se impuso el pueblo aragonés a Alonso III, que trató de reinar desde Mallorca.

Terminada esta reseña histórica, no terminaré sin exponer la nobleza, patriotismo y abnegación, hasta la heroicidad y el martirio, demostrados por los aragone-



La Plaza de la Constitución, en Zaragoza.
Centro del movimiento de la importante capital aragonesa.

de la Virgen María al apóstol Santiago sobre el Pilar, los mismos historiadores dicen: «Según se cuenta», por no existir fe en ello, sino por tradición, lo que ha contribuido a enriquecer el joyero del Pilar y servir de atracción a forasteros y peregrinaciones.

Distinguiéronse los aragoneses en otros tiempos por su carácter varonil e independiente. Ya en 722 lograron expulsar a los árabes tomando la plaza de Ainsa y proclamando los cristianos de Sobrarbe a su caudillo García Jiménez, Rey de Navarra y de Aragón, sucediéndole en 734 Íñigo de Arista, que sometiéndose a los fueros llamados de «Sobrarbe», juró respetarlos, haciendo pacto con el pueblo, siendo la fórmula del acto de coronación decir el «Justicia Mayor»: «Nos, que valemos tanto como vos, y que juntos podemos más que vos, os hacemos rey si hiciereis derecho; si non, non», a lo que el elegido contestaba: «Si encara que sia pagano.»

La cronología de los reyes de Aragón comienza en D. Íñigo de Arista en el año 734 y termina en D. Juan II; pues habiéndole sucedido en el siglo XIV su hijo

ses en los sitios a que fué sometida Zaragoza por el ejército de Napoleón en la guerra de la Independencia. Todavía consérvanse los impactos de las balas de cañón en edificios públicos, en fachadas de casas y en la histórica Puerta del Carmen.

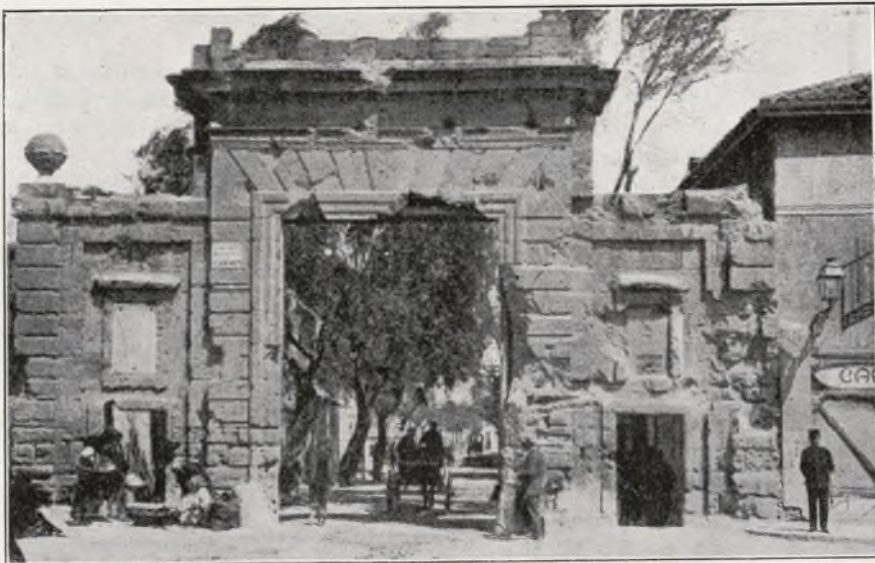
Entre los monumentos arquitectónicos de Zaragoza merecen citarse el templo del Pilar, fundado en tiempos del apóstol Santiago y ampliado en 1675 bajo la dirección de Francisco Herrera; el de la Seo, con su fachada greco-romana, su elevadísima torre resabiada de barroquismo y sus columnas corintias, y en el que desde el siglo XI al XVI colaboraron los más reputados artistas para dejar testimonio de su ingenio y de la

riqueza de España; el salón de la Lonja, la histórica Aljafería, mansión de reyes,

do en el siglo XIV, durante el reinado de Alonso V de Aragón, como también el palacio de la Diputación, la cárcel, en cuya fachada se ven ocho impactos de la artillería francesa, y a cuyo edificio trasladóse la Santa Inquisición, son, con muchos más monumentos, reliquias que conserva Zaragoza de su antiguo imperio, riqueza y dominación sobre todas las razas del orbe entero. Desde el reinado de Felipe II, imponiendo en España el influjo de la Iglesia de Roma y el despotismo más cruel, no desaparecieron las libertades

y fueros en Aragón solamente, sino también en los dominios de Europa, lo que dió lugar al decaimiento de España.

PERFECTO VALDÉS.



ZARAGOZA. La histórica puerta del Carmen.

y luego palacio de la Inquisición, en cuyas paredes parecen repercutir todavía los angustiosos gemidos de sus víctimas. El puente de piedra sobre el Ebro, construi-

UNA INAUGURACIÓN

(CUENTECITO BATURRO) (1)

Y ¿qué tal se veranea en este pueblo? — preguntó uno de los presentes a D. Antonio.

Este acababa de llegar de un pueblo de Aragón, en el cual había pasado el verano, costumbre que conservaba hacia bastantes años; y como estábamos de sobremesa, casi toda la conversación versó sobre este punto.

— Hombre, si he de decir verdad, se pasa bastante bien, pues la temperatura es muy apacible, aunque si es cierto que el viaje antes era muy molesto, a causa de verificarse en diligencia; pero ahora éste se puede hacer con toda comodidad, gracias al ferrocarril, que se inauguró durante una de mis estancias en dicho pueblo, sucediendo algunas cosas chistosas, si no me es infiel la memoria.

— ¡Oh! Si usted quisiera contarnos eso... — dijimos varios a un tiempo.

— No sé si recordaré bien los hechos; pero, en fin, para que no digan ustedes que me hago mucho rogar...

— ¡Muy bien, muy bien! — exclamamos todos; tras lo cual llamamos para oír a don Antonio, que empezaba ya diciendo:

— Serían próximamente las nueve de la mañana; de pronto, oyóse el redoble del tambor: era que en la plaza del pueblo se disponía el pregonero del Ayunta-

miento a anunciar al pueblo alguna noticia importante; la gente toda se agolpaba en las inmediaciones para oír el pregón, el cual, después de hecho el silencio, dijo con toda su voz:

«Honrados y nobles vecinos de este pueblo: ruégooos que con motivo de la inauguración del ferrocarril, salgáis a presenciar su paso por esta localidad, a las doce, con mucho orden; advirtiéndole que todo aquel que atente a su seguridad será debidamente castigado. — *El Alcalde.*»

Desde aquel momento, las conversaciones más curiosas se dejaban oír en todas partes; en ellas se hacían diversas suposiciones de lo que podría ser un ferrocarril. En mi casa, como es natural, tampoco faltaron los sabrosos comentarios, y principalmente entre la señá Toribia y tío Colás, ambos tozudos e ignorantes.

— Oiga usted, tío Colás — decía Toribia —: ¿qué cree que será eso del ferrocarril?

— Pa mí, chica, y en lo poco que he oído, debe ser un coche mu grande, tirao por veinte o treinta mulas...

— ¡Ca! ¡Paice mentira que sabiendo usted leer y escribir no sepa todavía lo qu'es eso! ¿No ha oído decir al tío Nicasio, *el Pelao*, que él lo ha visto, y que no es más que un celómeno mu grande, que echa humo por la boca y que lleva enganchadicos muchos coches como el que trae las cartas? Aemás, dice que dentro van muchos señoritos quietecicos, y cuanvo pasan por un pueblo sacan el moquero y lo sacuden en son de burla y desprecio a nosotros los baturros.

— Oye, ¿pero es verdá eso? Miá que ma entrao una miajica e miedo; porque si todo eso es cierto no paicera otra cosa que un trocico de infierno... Paice mentira que los hombres de las zudiades se entretengan en hacer esas cosas. Pa mí que toos deben ser diablos.

— Pues le parecerá mentira, pero el al-

calde, con todo el Ayuntamiento, saldrán a recibirle con el mejor trajecico que tengan, y hasta se va a hacer fiesta en el pueblo; si no, ¿no oye usted la gaita y el tamboril de los grandes días?

— Es qu'es verda... Ahora oigo; paice mentira que para recibir al señor cerrocarril se gasten tantos lujos.

A las doce menos cuarto estaba la estación y sus alrededores completamente llenos de gente. Allí se encontraban el alcalde, concejales, Guardia civil y los mozos del pueblo, con su correspondiente colección de cohetes para dispararlos a la llegada del tren. Entre la muchedumbre se encontraban el tío Colás y la señá Toribia, con las ganas de ver al ferrocarril que son de presumir; por fin vieron que éste se acercaba; la curiosidad apoderóse de todos ellos al entrar en agujas; pero tal era la aglomeración, que el maquinista, para abrirse paso, recurrió a dar suelta al vapor e hizo sonar estrepitosamente el pito. Entonces un verdadero terror se apoderó de todos ellos, y para aumentarlo, a los mozos se les cebaron los cohetes, los cuales reventaban por todas partes. La gente huía en todas direcciones, y fué gran milagro que no sucediese ninguna desgracia; por fin, restablecido el orden, pudo auxiliarse a algunas mujeres que se habían desmayado; muchos hacían voto de no volver a mirar jamás un tren...

Cuando volví a casa vi que el tío Colás decía a la señá Toribia en tono algo filosófico:

— Pus lo qu'es yo te digo, aquí para los dos, que u yo me engaño u el tren lleva las mulas dentro; si no, ¿no has visto los resoplidos?...

— Y... ahora — dijo D. Antonio — ustedes perdonarán si la narración no les ha gustado, cosa que con él digo yo a los lectores.

FERMÍN BOROBIA.

(1) Honramos estas páginas, y tributamos un modesto homenaje a la memoria del que fué nuestro colaborador, don Fermín Borobia, publicando una de sus primeras obras literarias. Hijo de Zaragoza, tenía puesto gran entusiasmo en la Convención, y nos había prometido su concurso para este número. No queremos que su nombre deje de figurar en éste que dedicamos a la Convención de Zaragoza.



LA CONVENCION DE ZARAGOZA



LA REUNION DE BIENVENIDA.

Empecemos consignando que la Convención de Zaragoza ha sido un notable éxito; una nueva página que añadir a las muy honrosas que lleva escritas en sus anales el Esfuerzo Cristiano Español. No ha tenido, es verdad, esta Convención el espléndido marco que le hubieran prestado un amplio y artístico templo y un local de vastas dimensiones para las reuniones públicas; pero no por esto su importancia ha sido menor, pues toda ella se ha caracterizado por un profundo espíritu religioso y por un alto grado de entusiasmo, a lo cual hay que añadir el hermoso espectáculo dado por el pueblo creyente, que ha concurrido, proporcionalmente, en número mayor que el elemento obrero. Sólo de Cataluña asistió una expedición de más de sesenta esforzadores, de los cuales escasamente una docena figuraban como obreros evangélicos. La expedición madrileña llegaba a las quince personas, y sólo dos de ellas pertenecían al pastado. Y así con las demás. Como dijo uno de los oradores, acaso este número tan crecido de elementos laicos, era uno de los frutos que se recogían del Congreso Evangélico de Madrid.

Aunque el comienzo de la Convención era el día 25, según rezaba el programa, bien puede decirse que dió principio el lunes 24, en que por todas las líneas férreas que afluyen a Zaragoza llegaban en los distintos trenes, expediciones de entusiastas esforzadores. Quien dijo que las Convenciones en verano son un disparate, seguramente habría rectificado gozoso, si hubiera contemplado este espectáculo. Y no faltó quien asegurara que a haberse celebrado la Convención en Agosto, habría sido mayor el número de convencionistas.

Hermoso y consolador era el aspecto que presentaba la capilla de la calle de San Pablo en la mañana del martes 24. Iba a inaugurarse la Convención, con la reunión de bienvenida. El local había sido adornado con flores, cuyos brillantes colores eran realzados con la presencia de gran número de esforzadoras españolas, que daban una nota bella y delicada a la Convención. El presidente de la Unión Española de Esfuerzo Cristiano, que presidía el acto, indicó su comienzo con el canto del himno: «Todo por Cristo», al que siguió la lectura de un pasaje de la Biblia y una ferviente oración para que el Señor se dignara bendecir los actos que iban a celebrarse.

Ausente de Zaragoza, por motivos de salud, el pastor de la iglesia, Rdo. Domingo Heras, saludó, en nombre de ésta, a los convencionistas el anciano y antiguo miembro de la misma, D. Cristóbal Montel. Sus palabras sentidas hallaron eco en el corazón de todos. Dióse después lectura a una carta, en la que el Sr. Heras sa-

dearse, y así el himno «Dejad entrar la luz de Dios», era un reflejo fiel del estado en que ya se encontraban los centenares de almas allí reunidas.

D. Antonio J. Díaz, de Pradejón, estaba encargado de la lectura de las adhesiones recibidas, que con las que se recibieron en el transcurso de la Convención, fueron bastantes; y se terminó esta parte del programa con la lectura del mensaje remitido por el Dr. Francis E. Clark, presidente de la Unión Mundial de Esfuerzo Cristiano, mensaje que fué recibido con grandes aplausos.

D. José Capó, de Barcelona, en funciones de secretario suplente, leyó una breve Memoria acerca del movimiento de Esfuerzo Cristiano en España en los últimos años, rindiendo en ella un tributo a la memoria de D. Vicente Mateu y de don Fermín Borobia, cuyos trabajos en pro del Esfuerzo Cristiano fueron tan notables como desinteresados. También consignó en ella un recuerdo para D. Guillermo Gulick y para D. Juan Uhr, veteranos del Esfuerzo, y a los cuales, como a aquéllos, el Señor había llamado ya a su presencia.

Después del himno «Nobles, sinceros...» el presidente pronunció su discurso. El Sr. Araujo, pastor de Bilbao, es sobrado conocido de todos nuestros lectores y no necesita, ciertamente, de nuestros elogios. Empezó considerando como un privilegio el encontrarse en Zaragoza, donde tantos años ha trabajado y de donde guarda tantos gratos recuerdos de familia. Suspira porque la Convención sea para todos un rico botín de bendiciones espirituales y un gran estimulante para la obra de Dios. Después de hacer alusión a los muchos obreros que han partido de nuestro lado desde la Convención de Valencia, presenta algunas de las condiciones que deben caracterizar a los verdaderos esforzadores, y entre ellas, el buen funcionamiento del corazón y de la cabeza del Esfuerzo Cristiano, estudiando la Palabra Santa y también los asuntos de interés actual; fomentando de este modo su cultura y siendo siempre y en todas partes buenos testimonios del Evangelio. El entusiasmo, el gozo y la actividad deben ser seguramente las características del joven que quiera ostentar legítimamente el nombre de *esforzador*.

El himno y la bendición pusieron fin al hermoso acto con que dió comienzo la Convención, y en este punto, dejamos que refieran sus impresiones otros de los esforzadores allí presentes, y de este



El vagón que conducía la expedición de esforzadores de Madrid, Alicante, Málaga, Salamanca y Villaescusa.

(Fot. tomada en la estación de Ariza.)

ludaba a todos los evangélicos que a la sazón se encontraban en Zaragoza. Sus párrafos, muy elocuentes, fueron escuchados con verdadera simpatía. Vino luego el saludo cordial que la sociedad de Zaragoza hacía por conducto de su presidente, D. Simón Vicente, y tras ello, D. Joaquín Mezo, de Madrid, contestó en nombre de todos los delegados, diciendo que con éstos estrechaba las manos de la experiencia en las del Sr. Montel; las manos de la fuerza en las del joven Vicente, y las manos de la inocencia en las de la sociedad infantil. Sus palabras merecieron la aprobación de todos e interpretaron felizmente el sentir de cuantos esforzadores habían acudido a Zaragoza.

El ambiente había ya empezado a cal-

modo prestaremos mayor amenidad a estas páginas. — F. C. L.

LAS REUNIONES DEVOCIONALES.

Entre las varias y hermosas reuniones celebradas en la Convención, han figurado dos llamadas *devocionales*, que tuvieron lugar en los días 26 y 27, a las nueve de la mañana. Todas las reuniones han tenido el carácter religioso de estas asambleas; pero en las reuniones devocionales parecíamos pedir la efusión del Espíritu de Dios, que informase y guiase todas las demás. Por esto figuraban a la cabeza de todas las sesiones del día. Fueron presididas por el Rdo. Guillermo Lord, de Barcelona, y los discursos estuvieron a cargo del Rdo. Antonio Estruch, de Sabadell, versando sobre dos temas tan importantes y de tan gran valor para el cristiano, como estos: «Nuestro servicio» y «La fortaleza de Dios para el creyente». Probablemente ambos trabajos merecerán los honores de la publicidad, pues realmente merecen ser conocidos de todos.

Una cadena de breves oraciones elevadas al Todopoderoso por varios hermanos, fueron, juntamente con los edificantes discursos, principio muy adecuado en el programa de cada día. — J. M.

ESCUELA DE MÉTODOS.

Dos reuniones de esta índole se habían señalado para las mañanas del miércoles y jueves. La primera fué presidida por el Reverendo. Fernando Cabrera, de Madrid, y comenzó con el himno «Firmes y adelante», leyéndose después un trozo de la Escritura, orándose al Señor y leyéndose nuevas adhesiones recibidas.

El Rdo. Wayne H. Bowers, superintendente de las Misiones del Norte, presentó a la discusión el tema: «Lo que debe ser el trabajo de Esfuerzo Cristiano». Para facilitar su estudio repartió entre los concurrentes unas hojas, en las cuales se exponían los doce aspectos siguientes:

1. Proveer a los esforzadores de la espada para la lucha, que es la Palabra de Dios, mediante el estudio bíblico. Efesios VI, 17.

2. Fomentar la paz y la buena armonía entre los miembros, mediante el trabajo colectivo. Efesios, VI, 15.

3. Aumentar la fe de los esforzadores, con el compañerismo entre todos los creyentes en Jesús. Efesios, VI, 16.

4. Dar práctica en el arte de hablar y orar en público.

5. Preparar un cuerpo de voluntarios para ayudar al pastor en todo lo más difícil. (Tercio de Extranjeros).

6. Ir uniendo en espíritu a las varias denominaciones cristianas.

7. Enseñar fidelidad en guardar promesas solemnes.

8. Ayudar a los miembros asociados, que todavía no son miembros comulgantes de las iglesias, a decidirse a dar tan solemne paso cuanto antes.

9. Conservar relaciones entre la Iglesia y aquellos jóvenes que hayan estudiado en escuelas evangélicas, después de dejar ellos de asistir a las escuelas.

10. Desarrollar una fuerza misionera.



Un numeroso grupo de esforzadores.

(Fot. tomada en la jira campestre.)

11. Producir obreros para el campo evangélico en España.

12. Saber sacrificarse en beneficio de la Iglesia, en el caso poco probable de un conflicto entre las dos organizaciones.

Comentó el Sr. Bowers brevemente cada uno de estos puntos, deteniéndose con preferencia en el señalado con el número 11, por considerarlo el más importante en los actuales momentos. Dice que si esta Convención ha de servir para algo, debe ser para que al llamamiento de Dios, no falten quienes respondan: «Heme aquí». Puesto el tema a discusión, la señorita Cabrera, de Madrid, habló de la sociedad de ésta, refiriendo cómo conviven y hasta forman parte de ella con carácter de asociados, jóvenes de otras denominaciones. El Sr. Román, de

Salamanca, habló sobre el punto 10, diciendo que se debe inculcar en los esforzadores la idea de que la Sociedad de Esfuerzo Cristiano es un ejército de soldados dispuestos a la batalla, con mira constante a trabajar por Cristo y por la Iglesia, y no sólo una sociedad recreativa.

Después del himno «¡Oh, jóvenes, venid!», D. José Capó, de Barcelona, leyó un interesante trabajo sobre el tema: «La reunión de consagración». El orador piensa que no debemos contentarnos con buscar a otros por medios atractivos, sino también tratar de hacerlos útiles, procurando que los jóvenes se pongan en contacto íntimo con Cristo. No es posible, en el corto espacio de que disponemos, reflejar todo lo útil y práctico que el Sr. Capó dijo en su bien pensado discurso.

«Verdadero y falso progreso» fué el asunto que trató D. Antonio Díaz, y que puso fin a la reunión de la mañana. Afirmó que el progreso es un hecho en la religión cristiana, demostrado por el desarrollo que en todo el mundo ha tenido la fraternidad. También resulta imposible recoger en cortas líneas todo cuanto dijo el señor Díaz, el cual habló en su discurso de la vida comercial, del trabajo de las abejas, la fe, el trabajo, el carácter, la actividad, etc. Lo avanzado de la hora impidió toda discusión, aun cuando el orador había empezado por solicitarla al comenzar su trabajo. — J. C.

La segunda reunión de Escuela de Métodos fué presidida por don Mauricio Lusa, de Logroño, que le dió comienzo en la forma de costumbre, concediendo después la palabra a D. Luis Román, de Salamanca. Éste, con palabra fácil y razonada, demostró la obligación que tiene todo cristiano, especialmente los esforzadores, de hacer la promesa de su consagración al

Maestro, pero muy especialmente el deber de cumplirla, sin lo cual ésta perdería todo su valor, quedando completamente anulada.

A continuación hizo uso de la palabra el Rdo. Salvador Ramírez, de Jaca. Con su acostumbrada elocuencia pronunció un hermoso discurso, en el que fué señalando el peligro que para los jóvenes representa el hacer promesas sin meditarlas antes detenidamente, porque a pesar de sus buenos deseos, las inquietudes que acompañan generalmente a la juventud les ponen en muchas ocasiones en contradicción de vida con lo prometido. Por consiguiente, el joven cristiano debe pensar; meditar con especial cuidado en todo aquello a que les obliga la promesa; qué deberes contraen, y la fuerza de vo-

luntad que tengan para ser constantes en el cumplimiento de sus compromisos; y una vez convencidos de su disposición para poder firmar, entonces, sin ningún género de dudas, la promesa debe ser firmada. Este discurso fué tan perfecto, tan completo y tan ameno, que los convencionalistas, entusiasmados, sentimos la necesidad de quebrantar el acuerdo de suprimir los aplausos.

El Rdo. Guillermo Lord, de Barcelona, habló con mucho acierto de «las relaciones entre el Esfuerzo Cristiano y la Escuela Dominical». Y, por último, D. Perfecto Valdés, coronel retirado de la Guardia civil, hizo un enérgico y vibrante discurso, dando a conocer las amarguras, persecuciones y dolores a que se ve sujeta la vida del hombre que se consagra al Evangelio, por parte del clericalismo, al que considera culpable del atraso, incultura, fanatismo y decadencia del pueblo español. El señor Valdés fué muy felicitado. — J. C.

LAS REUNIONES PÚBLICAS.

Se celebraron en las noches del 25 y 26, asistiendo a ellas una concurrencia tan grande, que no podía ser contenida en el local. La primera de ellas fué presidida por D. José Capó, que después de comenzarla en la forma habitual, concede la palabra a D. Julio Caro, de Villavieja, que disertó sobre el tema: «Ofertas de Cristo a los jóvenes».

Empieza su discurso con frases que demuestran una delicada modestia, pero también demostró inmediatamente un pleno dominio del asunto y una profunda comprensión de la verdad que exponía.

La juventud es la más espléndida manifestación de la vida y Jesús muestra un grande interés por ella. De aquel joven que quiso seguirle, nos dice el Evangelio que Jesús le amó, e igualmente ama a todos los jóvenes. La obra que Jesús quiere realizar requiere condiciones y cualidades que se encuentran solamente en la juventud.

Jesús ofrece al joven todo lo que éste necesita para ser feliz; necesita intrepidez, valor, energía, y Jesús le ofrece todo esto. Las Sociedades de Esfuerzo Cristiano le ponen en condiciones de alcanzarlo.

En los jóvenes se encuentran las condiciones necesarias para la obra de Dios.

Jesús ofrece a los jóvenes amor, porque en esa edad el corazón siente el amor con vehemencia, y le ofrece, además, lo que necesita para el desarrollo de su actividad.

La juventud suele ser confiada. Los hombres ofrecen a los jóvenes muchas cosas que luego no cumplen. El único que puede cumplir lo que promete es Jesús.

Si los jóvenes no aprovechan lo que Jesús ofrece, no encontrarán lo que puede hacerlos felices.

Jesús nos da todos los gozes que nuestra alma necesita.

Muchos hombres sacrifican hasta la vida a los ofrecimientos que el mundo les hace, y luego esos sacrificios resultan inútiles.

Termina diciendo que es ya hora de aprovechar los ofrecimientos de Jesús. Aunque muchos hombres hayan quebrado las flores que nosotros cultivamos con esmero, Jesús nunca nos defrauda.

Jesús nos da, no sólo toda la felicidad posible en esta vida, sino además una felicidad eterna que no puede sernos arrebatada, una felicidad segura.

D. Julio Caro fué escuchado con mucha complacencia, pues con palabra fluida y

porque Dios quiere que el éxito sea asequible a todos.

En la ciudad de Boston se abrió un concurso para premiar la mejor definición del éxito, y la premiada fué la siguiente:

«Ha tenido éxito en este mundo quien ha vivido dignamente; quien ha reído con frecuencia y ha amado mucho; quien se ha captado el respeto de los hombres inteligentes y el amor de los niños; quien ha llenado su puesto y ha terminado su obra; quien ha dejado el mundo mejor que lo encontró, sea por medio de una planta cultivada, de un poema ideal o por haber salvado a un alma de la ruina; aquel que jamás dejó de sentir la belleza de la tierra y supo dar una voz a su alma; aquel que buscó sin cesar lo mejor que había en otros y dió lo mejor que tenía; aquel cuya vida fué una inspiración y cuya memoria es una bendición.»

¿Quién ha llegado a esa altura? En la historia de la humanidad no hay más que un ejemplo de esta clase: Cristo.

De aquí podríamos sacar la siguiente consecuencia: solamente los discípulos de Cristo son los candidatos al éxito; solamente los que siguen a Cristo obtendrán éxito.

Tres cosas son necesarias para obtenerlo: fe, trabajo y perseverancia. Los que lo alcanzaron tuvieron estas tres cualidades. Lucharon con grandes obstáculos. Las vidas de los mártires fué un éxito, aunque no lo parezca.

Las adversidades y sufrimientos son considerados como obstáculos, pero en muchas ocasiones son fuentes de grandes resultados. Para alcanzar el éxito tenemos, algunas veces, que ser martirizados. Las luces del éxito no dejan de brillar en el horizonte, a pesar de las tinieblas. El que asegura el éxito de una causa es el que muere por ella.

Los soldados de la vanguardia son los primeros que sacrifican su vida y mueren casi todos, pero son los que ganan la batalla. El sacrificio tiene el secreto del éxito.

Milton dice que quien sabe sufrir mejor es el que sabe hacer grandes cosas. Hay que nadar contra la corriente. El sufrimiento ha producido las mejores obras. San Pablo nos dice:

«Como ignorados, mas conocidos; como muriendo, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como dolidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a mucho; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo.»

Terminó su interesante disertación diciendo que el espíritu de desunión ha hecho fracasar las causas más nobles. La unión es una de las condiciones necesari-



Grupo de distinguidas damas que tomaron parte en la reunión de señoras.

elegante expuso las verdades evangélicas que formaron la trama de su edificante discurso.

Después las Sociedades del Norte cantaron, con mucha afinación, un coro, ensayado para la Convención.

Seguidamente hizo uso de la palabra D. Elías Marqués, pastor de Santander, desarrollando su tema: «El secreto del éxito».

Empieza manifestando lo difícil de su situación, por tener que hablar de cosas que él no ha experimentado; pero demostró, ateniéndose a la Escritura, a la historia y a la experiencia de muchos grandes hombres, que había bebido en las mejores fuentes de información para adueñarse del asunto.

La Escritura, dijo, no nos promete éxito, sino lucha, y con ella se alcanza lo que el hombre tanto ambiciona. Muchas veces se realizan esfuerzos con gran perseverancia, sin esperanza de grandes resultados.

Conviene definir bien la naturaleza del éxito que se ambiciona. Los que realizan ciertos trabajos son calificados de necios. Tenemos que pensar en el éxito que nos presenta la Escritura. Los que lo buscaron, según este santo libro, lo encontraron;

rias del éxito. Aludió a la lucha social sostenida actualmente en Vizcaya, y con suma prudencia, sin juzgar quiénes tuviesen la razón, anunció que vencerían los que estuviesen mejor unidos.

La falta de espacio nos ha obligado a reseñar, de una manera tan deficiente, la disertación de nuestro querido hermano, la cual fué nutrida de oportunas observaciones y de hermosas citas, por lo cual fué oída con tanto placer como provecho.

La reunión terminó con un himno y bendición. — C. A.

La reunión pública celebrada en la noche del miércoles 26 estuvo muy concurrida; la capilla presentaba un hermoso aspecto, ocupando totalmente todos los asientos disponibles un público atento y distinguido, que escuchó con religioso silencio.

Dióse principio a la reunión con el canto de un himno, seguido de una ferviente oración del presidente, Reverendo Daniel Regaliza

Acto seguido hizo uso de la palabra el veterano y venerable pastor de Bilbao, reverendo Carlos Araujo, pronunciando un hermoso discurso sobre el tema «La luz del mundo», con el fervor y unción espiritual en él característicos; desarrolló dicho tema muy elocuentemente, demostrando que sólo podrán desaparecer las tinieblas y errores aceptando a Jesucristo como la luz de la verdad que vino a iluminar este mundo, lleno de tinieblas y pecados.

Después de cantado otro himno hizo uso de la palabra el Rdo. Fernando Cabrera, de Madrid, leyendo un discurso muy edificante y lleno de sana doctrina espiritual sobre el tema: «La consagración, un ideal cristiano».

No necesitamos encomiar el valor de tan elocuente discurso conociendo todos la personalidad de nuestro querido hermano.

Confesamos ingenuamente que dicho discurso fué muy edificante y lleno de sanos consejos y exhortaciones, tan necesarios para la vida de consagración al Maestro, Nuestro Señor Jesucristo.

¡Lástima que dicho discurso no sea publicado para ser conocido de todos los cristianos esforzadores!

Terminó tan grata reunión con el canto

de un himno y una oración al Señor. — L. R.

REUNIÓN DE SEÑORAS.

Hermosa en extremo fué esta reunión. Después de pedir al Señor la bendición divina y leer todas juntas el capítulo XXXI de los Proverbios, D.^a Elvira de Marqués, que presidía la reunión, dijo algunas palabras para manifestar el objeto de la misma. Venimos, dijo, a estudiar a nosotras mismas, y a considerar a la mujer en la familia, en el trato social y cristiano.

Concedió luego la palabra a la señorita Casimira Rivas, quien habló muy acertadamente sobre «Nuestros ideales femeninos», señalando tres especiales: Ideal de

jer cristiana». Compara las diferentes clases de amistades que existen, poniendo por ejemplo la de Ruth y Noemi y la de Judas con Cristo, llegando a la conclusión de la necesidad de obrar con toda sinceridad en todos los actos de nuestra vida.

Dos señoritas de San Sebastián hablaron del «Valor de una vida íntima con Cristo», las cuales hicieron muy atinadas observaciones sobre este tema, y la señorita Cardonne explicó sus experiencias personales respecto a Cristo, teniendo unos momentos de verdadera emoción al relatar cuánto ha tenido que luchar para seguir fiel a su servicio.

«La mujer y la paz» fué el tema que desarrolló la señorita Estruch. Hace observar que, aun después de la gran guerra,

ésta, aunque de distinta forma, prosigue de un modo funesto, y de ahí que se haya formado una Liga femenina con el lema «No más guerras». Después de hacer, con gran acierto, algunas consideraciones sobre las mismas, manifiesta la necesidad de enseñar a los niños el amor hacia el prójimo, y cuánto puede influir



Pastores evangélicos que asistieron a la Convención.

la familia, el sentimiento de caridad y el de una paz del hogar y social.

Mrs. Bowers expuso un muy bien estudiado trabajo sobre el tema «La mujer en la familia». Empezó diciendo que en la actualidad la mujer ensancha cada día su esfera de acción. No se contenta con el que se refiere al hogar, sino que ya se ocupa en muchos trabajos que hasta ahora sólo los hombres habían realizado. Sin embargo, dijo, considero que donde ocupa el lugar de mayor importancia es en la familia. Una mujer puede transformar el hogar haciéndolo agradable a sus padres, al esposo o a sus propios hijos. Ningún trabajo, en la familia, debe considerarlo demasiado humilde. Tiene buen ejemplo en Cristo quien no se consideró humillado lavando los pies a sus discípulos.

Las madres debemos pensar que al ofrecernos Dios los hijos es con el objeto de prepararlos en el amor y temor suyo. Si todas las madres, decía, hubiesen tenido especial cuidado en consagrar sus hijos al Señor, ¡cuánto mayor sería hoy el número de cristianos fieles!

La señora de Lusa leyó luego un bonito discurso sobre las «Amistades de una mu-

fluir la mujer para que se llegue a la abolición de las guerras. Termina diciendo que la mujer cristiana puede trabajar con más éxito por la paz, porque la conoce y la posee.

Luego hablaron tres señoritas del Colegio Internacional de Sarriá. La señorita Martín habló sobre el hermoso trabajo que realiza este Colegio, dando algunos datos que justifican el estado floreciente de aquel Centro educativo.

La señorita Bretón desarrolló el tema «Cómo ha despertado el Cristianismo el heroísmo de las mujeres». Recordó algunas heroínas que sucumbieron por la causa de Cristo, e invitó a que se fomenta el entusiasmo cristiano en las jóvenes y madres de familia, para hacer despertar a España de su indiferencia espiritual.

El tema «Cómo han ayudado las mujeres a la propagación del Evangelio» fué desarrollado por la señorita Balló. Dijo que sin temor a errar, se puede afirmar que la mujer fué la puerta principal por donde el Evangelio se introdujo en la familia pagana. Siendo así, cuando la mujer tropeza con toda clase de inconvenientes, ¿cuánto no habrá hecho la cristiana don-

de sus derechos son más elevados y su influencia más radical? Para bien del mundo, acaba diciendo, injertada a las jóvenes las doctrinas sanas y puras del Evangelio.

La señorita R. Pillado, hablando de «Las necesidades sociales y la mujer», indicó con tanta sencillez como elocuencia la conveniencia de educar a los hijos en el amor cristiano, inculcándoles la idea de que Dios no los ha puesto en el mundo para destruir, sino para edificar. Este sería, añade, un hermoso trabajo, que las mujeres españolas podrían hacer para el bien de nuestra patria.

El último tema fué desarrollado por la señorita Cabrera, el cual versó sobre «Las necesidades sociales de la mujer». Hizo observar que si bien es cierto que el hombre es un ser social, la mujer no es un objeto de lujo. Tiene necesidad, como el hombre, de conocer los deberes y ponerlos en práctica. Señala la influencia que ha tenido la mujer en la historia, y que, a medida que el tiempo avanza, se abre camino en sus trabajos y en sus estudios.

Afirma que la mayor influencia que debe ejercer en el trato social es la influencia cristiana, considerando como el primer deber, como cristiana y española, el de ofrecer el rico mensaje de Cristo a sus compatriotas.

Hizo luego un elocuente discurso-resumen la señora de Marqués, que no reseñamos porque creemos poderlo publicar íntegro en uno de los próximos números de esta revista.

Todos estos trabajos se vieron coronados por muy merecidos aplausos. Es lástima que el espacio nos obligue a ser tan concisos que esta reseña apenas refleje lo mucho y bueno que allí se dijo. — J. C.

LA REUNIÓN JUVENIL.

Una nota muy simpática fué la reunión a cargo de los jóvenes que no figuran como obreros en el campo evangélico. Los temas a tratar en ella fueron: «¿Qué me ha enseñado Esfuerzo Cristiano con su lema?» «¿Qué debo a Esfuerzo Cristiano?» «¿Qué es ahora para mí Esfuerzo Cristiano?» «Vistas las necesidades de la Obra, ¿pueden los esforzadores hacer algo práctico para su Iglesia?» «¿Pueden y deben los esforzadores colaborar en la Iglesia ayudando al pastor?» y «¿Qué podrían hacer los pastores para poner a los jóvenes en condiciones de ayudarles en la predicación?» Estos temas fueron desarrollados con singular acierto por los señores Luis Clemente y Juan Cabrera, de Madrid; David Fernández y Ramón Rivas, de Santander y Sabadell respectivamente; Alberto Sancho y Manuel Jiménez, de Barcelona; Pablo Fernández, Dionisio Mangado y Francisco Laguens, de Bilbao, Pradejón y Zaragoza. Hizo el resumen de los discursos D. Pedro Inglada, que presidió la reunión, diciendo que el lugar de los maestros había sido ocupado por los discípulos; afirmando que el Espíritu del Señor ha estado de un modo visible en la Convención; prueba de ello es que la

nota especial de la misma es la de haberse manifestado un *hambre de hombres*, y teniendo muy presente el número de obreros fallecidos, debemos no llorar como viejas sino ponernos a disposición de nuestros pastores. Lo esencial es que los obreros faltan y no se reponen. Hay que hablar menos, y hacer más.

Una oración del Rdo. Araujo puso término a esta reunión, que, como antes dijimos, resultó una de las más simpáticas de esta Convención. — D. S.

LA JIRA CAMPESTRE.

Merece todo género de plácemes la Comisión organizadora de la Convención por haber incluido con tanto acierto, en el programa de la misma, número tan atractivo como la jira campestre.

¡Qué listos y... qué *puntuales* estuvimos todos a cumplimentar las órdenes emanadas del Estado Mayor de la Convención!

Por indicaciones de éste, encaminóse el grueso del ejército convencionista hacia la izquierda margen del Ebro famoso, y encontramos un delicioso bosque — verdadero templo rústico — donde a impulsos de vespertina brisa, juntaban sus copas añosos y corpulentos árboles, invitándonos a la *unión fraternal*, a la *sana alegría* que de esa unión proviene, y sobre todo, incitándonos a alabar al Padre que, desde su celestial morada, extendió, sin duda, sus bondadosas manos con paternal complacencia, para bendecirnos y para bendecir al mismo tiempo la succulenta merienda que Él tan generosamente nos proporcionó, por mediación de nuestro querido hermano D. Wayne Bowers.

Creemos, además, que no sólo bendijo, sino que también dió su aprobación a los juegos y diversiones a que nos entregamos desde que llegamos a tan hermoso lugar.

Omitimos el consignar en esta reseña algunos agradabilísimos sucesos que con la jira campestre se relacionan, por falta de espacio, y sobre todo... *por caridad*, a fin de no poner los dientes largos a los esforzadores que no han podido acompañarnos.

Añadiré que hubo sus correspondientes fotografías, himnos cantados a varias voces y hasta... quien, sintiéndose aragonés, entonó la *clásica jota*.

Nunca, nunca podremos olvidar la jira campestre por todo lo anteriormente expuesto, pero más aún porque hemos anudado lazos de amistad cristiana con hermanos de las diferentes regiones españolas.

¿No os parece que tengo sobrados motivos y razones que me obligan a terminar repitiendo, lleno de gratitud, lo que dije al principiarse? — V. M.

LA REUNIÓN DE COMPAÑERISMO.

Punto culminante y término de la Convención fué la reunión de compañerismo, verdadera fiesta de fraternidad y amor

cristianos. ¡Lástima que tan hermoso acto no hubiera tenido un local más espacioso!

El presidente, D. Carlos Araujo, indicó el comienzo con el himno «Pronto la pena se terminará», y después de la oración y lectura de la Biblia dió la palabra a don Franklyn Albricias, de Alicante, el cual tenía a su cargo el tema: «Llamamiento de Cristo a los españoles». El orador empezó haciendo resaltar la indiferencia del pueblo español ante los difíciles problemas por que atraviesa España, donde no hay más poder que la influencia del caciquismo. La indiferencia en unos, y las diversiones en otros, y las ilusiones en los más, es todo cuanto aquí se ve, sin que nadie se preocupe en lo más mínimo de los problemas nacionales. Para un pueblo muerto, que no sabe nada, que no quiere saber nada, ningún mensaje más indicado que aquellas palabras de San Pablo: «¡Levántate tú que duermes... y te alumbrará Cristo!» Los esforzadores españoles deben imponerse la tarea de despertar a este pueblo que duerme, y decirle: Ven a Cristo, que Cristo te ama, y te alumbrará.

Después de cantado un himno, ocupó la tribuna el Rdo. Daniel regaliza, de Valencia. Su discurso fué especialmente dirigido a los jóvenes; pero todos, jóvenes y no jóvenes, encontraron mucho bueno en el interesante discurso del pastor de Valencia.

Tocó el turno a D. Adolfo Araujo, miembro de la Sociedad de Madrid, que desarrolló con el acierto y elocuencia que sabe imprimir a sus discursos el tema: «El espíritu apostólico». Habló del apostolado de Cristo, el Enviado de Dios, y del apostolado de Pablo, recibido del mismo Dios. De la lectura de las Cartas a los Corintios saca alguna de las características del verdadero espíritu apostólico, como son: el conocimiento de Cristo; el sufrimiento; el espíritu instructivo, educador, y la confianza, valentía y audacia con Dios.

Llegó después un momento por todos esperado: el *roll* (lista) de sociedades. El presidente fué llamando una por una todas las sociedades presentes, subiendo a cada llamada el delegado respectivo con la bandera de su sociedad, dando a la Convención el mensaje de que era portador. Terminó la lista con el mensaje de la Unión Española de Esfuerzo Cristiano, presentado por su presidente.

Un himno y una oración pusieron fin a la Convención, de la cual guardarán gratísimos recuerdos cuantos tuvieron el privilegio de asistir a ella. — T. de C.

LISTA DE SOCIEDADES.

Las Sociedades representadas oficialmente en la Convención fueron las siguientes:

1. Zaragoza.
2. Alicante.
3. Barcelona (Clot).
4. Barcelona (Pueblo Nuevo).
5. Barcelona (Ripoll).
6. Barcelona (Diputación).

7. Barcelona (Sarrià).
8. Bilbao.
9. Logroño.
10. Madrid (Beneficencia).
11. Madrid (Mesón de Paredes).
12. Málaga.
13. Pradejón.
14. Sabadell.
15. Salamanca.
16. Santander.
17. San Sebastián.
18. Valencia.
19. Villaescusa.

LAS ADHESIONES.

Entre las muchas adhesiones y mensajes recibidos figuran los siguientes: doctor Clark. — Ernest Sauvin. — Comisión Permanente de la Iglesia Evangélica Española. — Iglesia de San Basilio, Sevilla. — Evangélicos de Zuera. — Esforzadores de la Iglesia Lusitana de Oporto. — Esfuerzo Cristiano Portugués. — Percy Buffard. — Unión Cristiana de Jóvenes de Sevilla. — Iglesia de Logroño. — Comité Nacional de Esfuerzo Cristiano de Portugal. — Iglesia Evangélica de Cigales. — Angel y Antonia Digón. — Sociedad Esfuerzo Cristiano de Sevilla. Y otras muchas que no recordamos.

LA JUNTA GENERAL.

En la mañana del viernes 28 celebró sesión oficial la Unión Española de Esfuerzo Cristiano. Empezada en la forma de costumbre, el Sr. Capó dió lectura a la Memoria del último trienio, fijándose especialmente en las visitas de propaganda y estímulo que se han realizado; en la visita del secretario de la Unión Europea de Esfuerzo Cristiano, Rdo. Ernest Sauvin, a varias de las sociedades españolas, y en la publicación de un himnario de Esfuerzo Cristiano. La Memoria, muy interesante, fué aprobada por todos.

El tesorero, Sr. Cabrera, leyó el estado de cuentas del último trienio, que, no obstante los muchos gastos realizados, deja en Caja un efectivo de más de mil pesetas. Los esforzadores premiaron la labor del tesorero pidiendo unánimemente que se le confirmase en el cargo de tesorero para la nueva Junta que hubiera de elegirse.

Se trataron después varios asuntos, y entre ellos de la conveniencia de publicar tarjetas de la promesa, anuarios de temas e himnarios con música. Podemos anticipar que la nueva Junta estudiará y tratará de resolver todos estos puntos favorablemente.

Procedióse, por último, a la elección de nueva Junta para la Unión, siendo presentados diferentes candidatos para los cargos de presidente, vice, secretario y vocales, ya que el de tesorero quedaba ocupado por el mismo que lo venía desempeñando. Hecho el escrutinio, quedó constituida la Junta en la forma siguiente: Presidente, Rdo. Antonio Estruch; vicepresidente, D. Adolfo Araujo; secretario, D. José Capó; tesorero, Rdo. Fernan-

do Cabrera, y vocales, D.^a Elvira de Marqués, D.^a Pepita Cabrera, D. Franklyn Albricias, D. Luis Román y D. Alberto Sancho.

Se acordó que la sexta Convención de Esfuerzo Cristiano se celebrará (D. M.) en Alicante a fines de 1924.

Resulta un tanto difícil decir algo acerca de la reunión pública del miércoles por la noche. De los tres oradores que habían aceptado un puesto en ella, únicamente acudió a la Convención el Rdo. Fernando Cabrera. Los otros dos excusaron su asistencia, a última hora, cuando no había materialmente tiempo de buscarles sustitutos. Y aun cuando acerca del primer tema, «La luz del mundo», se había supli-

cado pocas horas antes al Rdo. Pimentel, presente en la Convención, que tomara a su cargo decir algunas palabras a los esforzadores sobre tan importante asunto, por un error de interpretación ocupó la tribuna el Rdo. Araujo, el cual pronunció un edificante discurso.

Suprimido por la razón ya apuntada el tercer discurso, habló en segundo y último término D. Fernando Cabrera, sobre el tema: «La consagración, un ideal cristiano».

El Rdo. Daniel Regaliza, que presidió el acto, lo terminó implorando la bendición del Todopoderoso. La concurrencia fué muy numerosa, y llenó por completo el local. — D. de R.

DE ACTUALIDAD

Las escuelas evangélicas y el clericalismo.

HACE pocos días un queridísimo hermano nos hacía notar la importancia que, de algún tiempo a esta parte, daba la Prensa nea al desarrollo de nuestras escuelas, y nos señalaba dos números de *El Debate*, el del 6 y el del 9 del pasado mes, en que se trata de este asunto con un interés que bien a las claras denota la honda preocupación que a los clericales inspira la actuación protestante en España, singularmente en Madrid.

En efecto: no hay sino fijarse en las grandes titulares que dicho periódico pone a sus artículos, sobre el particular, para ver hasta qué punto le inquietan los protestantes y sus escuelas: «Diez escuelas protestantes en Madrid.» «La propagación de la fe se ve obligada a cerrar ocho centros.» «Otros 1.300 niños a las escuelas protestantes.» «La preservación de la fe requiere la ayuda de los católicos.»

¡Eh! ¿Qué tal? Y estos tan alarmantes toques a rebato los da un periódico, el más poderoso y calificado de la «buena Prensa», el que tantas veces alardeó de su olímpico desprecio al protestantismo en España, y los da precisamente en unos días como los de ahora, en que el clericalismo se figura, por extrañas ayudas que todos conocemos muy bien, y no por propia virtualidad, más fuerte que nunca.

De modo que ya no caben aquellas fanfarronadas de siempre con que trataban los católicos de engañar a las gentes, diciendo que aquí los protestantes no eran nada, ni significaban nada, ni podrían jamás conseguir nada. Ahora ya es otra cosa. Nos reconocen, al fin, beligerancia y confiesan, sin disimulos, que somos un enemigo de mucho cuidado, contra el que hay que prevenirse y defenderse con todas las armas.

Claro que antes, aunque lo disimula-

ban con hechos y persecuciones de todo género, bien se veía que nos temían, y más que a ninguna otra idea, porque a nadie más persiguieron con tanto furor. Pero ahora lo dicen ya con su boca y con sus plumas, prueba palmaria de que no pueden por más tiempo ocultar sus grandes temores por nuestra actuación.

Y a la verdad, que si los evangélicos españoles no trabajásemos por miras más altas que las de hacernos respetables y dejar sentir nuestra presión ante el catolicismo, que se cree omnipotente, bastaría para satisfacer nuestro orgullo la confesión paladina de *El Debate*.

Pero como no es este afán de vanidad, ni mucho menos, lo que guía e inspira la actuación protestante en España, sino el puro y elevado deseo de que nuestros queridos compatriotas conozcan y aprecien en todo lo que valen las hermosas y santas verdades del cristianismo de Cristo, sólo tomamos nota de las alarmas del periódico clerical para comentarlas en el sentido de crítica seria y justa.

En primer lugar, agradecemos que *El Debate* recuerde a los lectores que el fin de esa «obra de la Preservación de la Fe», fundada y sostenida en Madrid por las más linajudas damas de la aristocracia, es «contrarrestar la enseñanza protestante.» No les basta, por lo visto, a los católicos toda su organización y propaganda general, tan apoyada y favorecida por el Estado, por la fuerza de los intereses creados y por la tan decantada mayoría que, según dice a todas horas, la rigen. Todo eso es poco para combatir la propaganda protestante y ha necesitado apelar al recurso extraordinario de una institución especial contra los malvados «nietos de la Reforma». Pues sepan los de *El Debate*, y los católicos todos, que ni con los medios generales ni especiales acabarán con los evangélicos españoles. Tenemos un medio mucho más poderoso que todos esos, de organizaciones de damas catequísticas, de millones de ayudas

del Estado, etc., etc.: es el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, y contra él nada ni nadie podrá prevalecer.

Y esto, en realidad, viene a confesar implícitamente *El Debate* cuando tanto se alarma ante el hecho de que de nueve escuelas de este Patronato no puedan nada contra ¡10 escuelas! protestantes en Madrid, y lo quiere atribuir a que los agentes de la propaganda protestante «la ejercen y extienden mediante una organización que casi pudiéramos llamar perfecta» y a sus supuestos recursos financieros.

Pero, ¿no ve *El Debate* que planteando así el asunto, queda completamente en ridículo su argumentación ante cualquiera persona de sentido común y de ojos abiertos? Atribuir a los evangélicos españoles mejor organización y mayores recursos materiales, cuando todo el mundo sabe los inmensos medios que en este sentido pone el catolicismo en España, teniendo a su disposición las arcas del Tesoro, el dinero de los ricos, miles de conventos y millares y millares de edificios monstruosos, y millones de familias sometidas a su férula, no por convicciones religiosas, sino por conveniencias sociales del ambiente clerical que aquí se respira, es el colmo de lo gratuito.

¡Qué más quisiéramos los protestantes, mirando la cuestión en este aspecto meramente humano, que disponer, no de la mina inagotable de recursos financieros de los católicos y de sus férreas organizaciones, sino de una tercera parte siquiera de esos recursos y de una mediana organización de propaganda!

Alguna vez hemos dicho, y lo sostenemos siempre, que si el protestantismo en España contase con los medios *suficientes* (y esta suficiencia la darían unos cuantos millones, una cantidad como la que cobra la Iglesia oficial del Estado nada más) y al mismo tiempo tuviese organizados convenientemente todos sus modestos elementos, ahora aislados, bastaría esto solamente para que al cabo de seis años, el catolicismo en España perdiera la mayor parte de su poder. Y es tal nuestra convicción en este punto, precisamente porque vivimos muchos años dentro de esa iglesia y la conocemos muy en su fondo, que no deseáramos morir sin ver que alguien, poseyendo esos medios que proponemos, hiciera la prueba durante ese corto plazo.

Pero si es cabalmente, señores neos, esa organización y esa abundancia de dinero lo que os da la apariencia de fuerza de que os envaneceis. Que se os quite ese medio material o que haya enfrente otra institución religiosa con la mitad sólo de vuestros recursos y ya no podréis ni disponer de una docena de muchachos para vuestros colegios, ni de un ciento de beatas para vuestros cultos.

Por lo demás, todo eso que cuenta *El Debate* de que en nuestros colegios se «estudian Historias de España en textos del más rabioso antiespañolismo», y que nuestras aulas «son aulas del error», son

cuentos chinos. Ni *El Debate*, ni todos los periodistas más jesuitas y acompañados de todos sus doctores y sabios maestros, probarán jamás que el protestantismo español es antipatriota en sus propagandas y tendencias o que enseñe el error.

En cambio, cuando quieran, los evangélicos les podremos demostrar, como dos y dos son cuatro, que el catolicismo es el peor amigo de España y el más craso error religioso.

Y más que eso, que Dios, en su infinita bondad, tarde o temprano, tendrá misericordia de España y abrirá los ojos de nuestros amados compatriotas a la luz hermosa del Evangelio de Cristo, pese a todos los manejos del «príncipe de las tinieblas».

A. ARENALES.

Lo extenso de la reseña de la Convención nos impide insertar en este número la sección «De martes a martes».

La enseñanza clerical.

Oh!, ¡ya os conocemos! Conocemos el partido clerical, partido veterano que ya tiene hojas de servicios. Él es el que monta la guardia en la puerta de la ortodoxia; él, el que ha encontrado para la verdad esos dos cables: la ignorancia y el error; él, el que ha prohibido al genio y a la ciencia ir más allá del misal, y él, el que quiere enclaustrar el pensamiento dentro del dogma.

Cuantos pasos ha dado la inteligencia europea los ha dado a pesar de ese partido; su historia está escrita en la historia del progreso humano, pero está escrita al revés.

Él se ha opuesto a todo.

Él es el que ha hecho azotar a Prineli por haber dicho que no caerían las estrellas.

Él, el que ha aplicado siete veces el tormento a Campanella por haber afirmado que el número de los mundos era infinito, entreviendo el secreto de la Creación.

Él, el que ha perseguido a de Héry por haber probado que circulaba la sangre.

Con el testimonio de Josué prendió a Galileo; con el de San Pablo aprisionó a Colón. Descubrir la ley del cielo era una impropiedad; encontrar un mundo, una herejía.

Él fué el que anatematizó a Pascal en nombre de la religión; a Montagne en nombre de la moral, y a Molière en el de la religión y la moral.

¡Ah!, ¡si!... no hay que dudarle; cualquiera que seáis, ya os llaméis del partido católico, ya seáis del partido clerical, os conocemos; ya hace mucho tiempo que la conciencia humana se rebela contra vosotros y os pregunta:

¿Qué queréis de mí?

Ya hace mucho tiempo que procuráis poner una mordaza al espíritu humano.

¡Y vosotros queréis haceros dueños de la enseñanza! ¡Y no queréis aceptar ni a un escritor, ni a un filósofo, ni a un pensador, y rechazáis cuanto se ha escrito, descubierto, soñado, deducido, iluminado, imaginado, inventado por patrimonio común de las inteligencias! Si el cerebro de la Humanidad estuviese a vuestra disposición como la página de un libro, lo llenaríais de borrones, lo mandaríais a la hoguera; tenéis que convenir en esto.

En fin: hay un libro que desde la primera letra hasta la última es una emanación superior; un libro que es para el Universo lo que el Khoran para el islamismo, lo que los Vedas para la India; un libro que contiene toda la sabiduría humana iluminada por la sabiduría divina; un libro al cual la sabiduría de los pueblos ha llamado Sagrada Biblia. Pues bien; vuestra censura ha llegado hasta ese libro. ¡Cosa inaudita! ¡Cómo deben espantarse los corazones sencillos al ver el índice de Roma sobre el libro de Dios!

Y con todo, reclamáis la libertad de enseñanza. Seamos sinceros, entendámonos acerca del género de libertad que queréis. ¡Esa libertad es la de no enseñar!

¡Ah!, ¿queréis que os entreguen los pueblos para instruirlos? Está bien; pero veamos vuestros discípulos, veamos vuestros productos.

Diez siglos ha que tenéis en vuestras manos, a vuestra dirección, bajo vuestra férula, a esas dos grandes naciones que han esparcido las más brillantes maravillas del arte y la poesía; la Italia, que ha enseñado a leer al género humano, hoy no sabe leer.

La Inquisición que ciertos hombres de partido procuran rehabilitar hoy con cierta timidez pública que no les aplaudo; la Inquisición que ha quemado a cinco millones de hombres — leed la Historia —; la Inquisición, que declara a los hijos de los herejes, hasta la segunda generación, infames o incapaces de honores públicos, exceptuando sólo aquéllos — tales son los términos de las sentencias — que hubieren denunciado a sus padres; la Inquisición que en este momento mismo tiene aún manuscritos de Galileo, es obra vuestra. Pero con todo, para consolar a España de lo que le quitabais, le regalabais el sobrenombre de católica.

Aquí tenéis vuestras obras, maestros; habéis apagado ese foco que se llama Italia, y habéis minado ese coloso que se llama España. Ved lo que habéis hecho de esos dos grandes pueblos... ¿Qué pretendéis hacer ahora de la Francia?

VICTOR HUGO.

TAPAS PARA "ESPAÑA EVANGÉLICA"

Madrid: 2,50. — Provincias: 3,00. — Extranjero: 3,50

